

A black and white photograph of a ship's deck. In the foreground, a person is walking away from the camera towards the right. The deck is cluttered with various pieces of equipment, including radar domes and antennas. The background is a hazy, overcast sky. The overall mood is somber and industrial.

MICHAEL LAWSON

EL SEGUNDO
PERÍMETRO

Cuando el sobrino del secretario de la Marina le dice a su tío que dos colegas en la base de la Marina americana pueden estar involucrados en un asunto de estafas, su tío se muestra escéptico. Reacio a iniciar una investigación oficial basada en las sospechas vagas de un pariente, el secretario le pide al presidente de la cámara de representantes, John Mahoney, que envíe a su factótum DeMarco a ver qué averigua. Cuando DeMarco y su amiga Emma, una agente retirada de la Agencia de Inteligencia de Defensa, empiezan a investigar lo que ellos consideraban una pequeña estafa, advierten que una red de espionaje se ha infiltrado en la base naval. La líder de la red no es otra que una mujer con quien Emma ya tuvo que vérselas en el pasado. En aquel entonces, Emma acabó con la prometedor carrera de la mujer, que se convirtió en una agente sin escrúpulos con un solo objetivo: destruir a la responsable de su humillación.

El segundo perímetro es la segunda novela protagonizada por Joe DeMarco, un abogado cuyo apellido italiano ligado a la mafia lo hace vulnerable al chantaje, y su compañera Emma, una exespía de la Agencia de Inteligencia de Defensa, versada en el arte de matar.

Para Tracy Howell

Prólogo

Desde la ventana de su oficina Norton veía el submarino de ataque clase Los Ángeles amarrado en uno de los muelles. Estaba demasiado lejos para leer el número que figuraba en el casco, pero le pareció que era el USS *Asheville*, SSN 758. El año anterior había trabajado en aquella nave, y había pasado muchas horas bebiendo con algunos de los jefes. Tras quedarse mirando el submarino unos instantes más, se dio cuenta de que estaba entreteniéndose y giró la varilla de las persianas venecianas para cerrarlas. Era poco probable que alguien llegara a ver lo que hacía a través de una ventana de la cuarta planta, pero no podía arriesgarse.

Norton se apartó de la ventana y se asomó por encima de las mamparas que separaban su cubículo del resto. Era la hora de comer. Había cuatro tipos jugando a las cartas dos cubículos más allá y, cerca de la puerta, una secretaria limándose las uñas. No veía a nadie más en toda la oficina. Norton había enviado a Mulherin a distraer a la secretaria; eso se le daba bien a Mulherin. Si veía venir a alguien por el pasillo en dirección a Norton, Mulherin lo pararía y diría algo para avisarle.

Sin más pretextos para demorarse, Norton sacó el tablero de ajedrez de su mochila. Medía treinta y tres centímetros cuadrados y tenía cuatro centímetros de grosor, un poco más de lo normal. Norton presionó un lateral del tablero y se abrió una delgada tapa; por la abertura aparecieron un montón de piezas de ajedrez, que quedaron esparcidas sobre su mesa. Luego inclinó hacia abajo el tablero, de cuyo

interior salió un fino ordenador portátil que estaba alojado en el hueco existente entre la parte superior e inferior del tablero.

Lo del tablero de ajedrez había sido idea de Carmody.

Tras utilizar el portátil, Norton volvería a guardarlo en el compartimento oculto del tablero, colocaría este sobre el archivador y dispondría encima unas cuantas piezas para simular que jugaba una partida con Mulherin. Eso sí que tenía gracia: Mulherin jugando al ajedrez.

Entrar en el astillero con el portátil era la parte más arriesgada de toda la operación. Norton solo necesitaba usarlo unos minutos al día, y cuando lo hiciera, procedería como en aquel momento, sacándolo a la hora de comer mientras Mulherin vigilaba para que no se acercara nadie. Pero su mayor temor había sido acceder al recinto con el portátil encima. De hecho, había sudado tanto que le extrañó que ninguno de los marines apostados en la entrada se hubiera dado cuenta.

Los ordenadores personales estaban prohibidos dentro del complejo naval —solo se permitía el uso de equipos suministrados por el gobierno—, y si los marines que vigilaban el acceso a las instalaciones lo hubieran elegido al azar aquella mañana en un control de seguridad rutinario, y por casualidad hubieran descubierto el portátil que llevaba escondido en el tablero de ajedrez, habría metido la pata. Hasta el fondo.

Pero las probabilidades de que eso ocurriese eran escasas. Cuando la amenaza de ataque terrorista estaba en un nivel alto, los marines registraban todo lo que pasaba por la entrada. Vehículos, mochilas, bolsos, fiambreras. Absolutamente todo. Pero aquel día el nivel de amenaza se hallaba dentro de los parámetros normales, y Norton había esperado a que se formara un embotellamiento en la entrada, con un montón de gente quejándose de que tenían que llegar a su puesto de trabajo, lo que solía hacer que los marines agilizaran los registros. Lo de aprovechar un atasco

para entrar también había sido idea de Carmody. El muy cabrón era un tipo listo.

Norton se dio cuenta entonces de que su temor no eran los marines, sino Carmody. Solo de pensar en Carmody se acojonaba.

Capítulo 1

DeMarco dejó el coche en una plaza libre que había en el aparcamiento del club de golf Goose Creek de Leesburg, en Virginia. Tras salir del vehículo, cerró la puerta y recorrió veinte metros antes de recordar que no había bloqueado la cerradura. Volvió sobre sus pasos hasta el automóvil, bajó el pestillo de un manotazo y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria. Le fastidiaba, sobre todo aquella mañana, que su Volvo fuera tan viejo que no tuviera uno de aquellos chismes modernos que cerraban las puertas de forma automática con un pitido.

De camino al trabajo, DeMarco se había desviado para visitar un concesionario de coches de ocasión en Arlington. Hacía un par de días había pasado por el lugar y había visto un BMW Z3 plateado en la esquina del aparcamiento, exhibido como una obra de arte. El cuentarrevoluciones marcaba ciento tres mil kilómetros, los asientos de cuero se veían desvaídos por el sol y DeMarco no estaba seguro de poder permitírselo, pero quería un descapotable y estaba hasta la coronilla de su caja sueca con ruedas. Acababa de ponerse a regatear con el vendedor cuando la secretaria de Mahoney lo llamó para comunicarle que su jefe quería verle en el Goose Creek antes de comenzar a jugar a las nueve.

DeMarco encontró a Mahoney en el campo de prácticas, a punto de intentar un *putt* de dos metros y medio. Lo observó en silencio mientras Mahoney se erguía con toda su corpulencia sobre la bola y, tras respirar hondo, procedía a darle un golpe suave. Le pegó de lleno, pero demasiado

fuerte, y la pelota bordeó el hoyo antes de salir disparada en perpendicular a su vector original.

—Hija de puta —masculló Mahoney—. Qué rápidos están hoy los greens.

Sí, hombre, pensó DeMarco, ni que hubieran encerado el césped justo antes de que tú llegases.

Mahoney pasaba del metro ochenta y era ancho de pecho, de espalda y de caderas. Un vientre robusto equilibraba su cuerpo. Entrado ya en la sesentena, tenía un cabello cano y abundante, unas facciones grandes y bien formadas y los ojos azules vidriosos e inyectados en sangre típicos de los bebedores empedernidos. Mahoney dejó caer otra bola al césped.

—El tipo que quiero que conozcas estará aquí dentro de un momento —explicó Mahoney, bajando la vista a la pelota—. Ha ido al club a por unas cervezas. —Dio un golpe suave a la bola y esta vez logró meterla en el hoyo—. Eso está mejor —dijo.

DeMarco sabía que Mahoney había sido todo un atleta en el instituto, y que había destacado en fútbol americano, baloncesto y béisbol. No había llegado a competir a nivel universitario porque se alistó en los marines con diecisiete años, y cuando fue dado de baja, con la rodilla derecha destrozada por metralla, los únicos deportes a los que jugaba tenían que ver con jarras de cerveza y chicas. Pero, aunque era ya un sexagenario, mostraba la coordinación mano-ojo propia de un atleta y, pese a su corpulencia, se movía con soltura.

—Por ahí viene —anunció Mahoney, dejando caer una tercera bola al césped, esta vez a unos tres metros del agujero.

Un hombre de la edad de Mahoney venía caminando hacia el *green*, cargado con una pequeña nevera diseñada para que encajara en el cesto situado detrás del asiento de un carrito de golf. Era un tipo bajo y fornido que medía poco más de un metro setenta y tenía la cabeza redonda con

la nariz chata y el cabello cano corto. Cuando estuvo más cerca, DeMarco le vio los ojos, de un azul claro y con un millón de patas de gallo de tanto entornarlos para protegerse del sol. Tenía los ojos de un piloto de combate, que era lo que había sido en su día. Se trataba de Frank Hathaway, titular de la Secretaría de Marina de Estados Unidos.

Hathaway, a su vez, observó detenidamente a DeMarco, preguntándose probablemente qué haría un tipo trajeado con pinta de gallito en el campo de prácticas. DeMarco medía un metro ochenta y tenía unas buenas espaldas, unos brazos musculosos y un pecho robusto. Era un hombre apuesto, de ojos azules, pelo oscuro y abundante, nariz pronunciada y un hoyuelo en un prominente mentón, pero tenía pinta de duro, más de lo que era en realidad. En cierta ocasión un amigo le había comentado que parecía un personaje de *Los Soprano*, aquel que se quedaba plantado detrás de Tony mientras este golpeaba a alguien con un bate de béisbol. A DeMarco aquella comparación no le había hecho ninguna gracia.

Hathaway saludó a DeMarco con un movimiento de cabeza antes de decir:

—Al está en el aparcamiento, hablando por el móvil. Se reunirá con nosotros en el punto de salida del primer hoyo. Pero Andy no podrá venir. Su secretaria me ha llamado y me ha dicho que están con un simulacro de incendio por dos saudíes que han cogido intentando cruzar la frontera desde Canadá, cerca de Buffalo. —Hathaway dejó la nevera en el suelo cerca del carrito de golf y añadió—: No quería el trabajo de Andy ni por todo el oro del mundo.

Andy, por lo que sabía DeMarco, era el general Andrew Banks, secretario de Seguridad Nacional.

Mahoney golpeó suavemente la bola y esta entró en el hoyo.

—Así me gusta —dijo. Y, señalando a DeMarco con el palo de golf, añadió—: Frank, este es Joe DeMarco, el tipo del que te he hablado.

Hathaway alargó una mano pequeña y fuerte y DeMarco se la estrechó.

—John dice que haces trabajitos para el Congreso —le comentó Hathaway.

—Así es, señor —respondió DeMarco.

John era John Fitzpatrick Mahoney, el portavoz o presidente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, y DeMarco trabajaba para él, aunque su cargo no figuraba en ningún organigrama. DeMarco tenía un pequeño despacho en el subsótano del Capitolio y se encargaba de aquellas misiones que Mahoney prefería no asignar a su personal de plantilla. A DeMarco le gustaba verse como el «resuelveproblemas» personal del portavoz, pero «el de los trabajitos» era una descripción que encajaba bastante con él.

—Ahí está Al —anunció Mahoney, señalando con su contundente mentón un carrito de golf conducido por un hombre tan alto que casi tocaba el techo de lona con la cabeza.

DeMarco también lo reconoció. Era Albert Farris, el senador de mayor antigüedad por el estado de Oregón y alero en su día de los Trail Blazers de Portland.

Un grupo de cuatro tipos que habían quedado para jugar al golf: un senador, el presidente de la Cámara, el secretario de Seguridad Nacional y el de Marina. El hecho de que fuera una mañana entre semana podía significar que se habían reunido para algo más que para una simple partida de golf... o quizá les apeteciera jugar sin más. Nunca se sabe.

—Joe, ¿juegas al golf? —preguntó Hathaway.

—Bueno... —comenzó a responder DeMarco.

—Sí que juega —le cortó Mahoney mientras sacaba una lata de cerveza de la nevera y la abría.

—Pues ya que Andy no puede venir, ¿por qué no haces con nosotros los primeros nueve hoyos? —le propuso Ha-

thaway—. Yo te llevo, y así aprovecho para contarte lo que necesito de ti mientras jugamos.

Eso significaba que Hathaway no quería demorar su partida por hablar con DeMarco del trabajito que quería encargarle.

—No es que vaya precisamente vestido para la ocasión —objetó DeMarco, señalando su atuendo, consistente en un traje recién salido de la tintorería, una camisa blanca y su corbata favorita—. Además, no tengo palos —añadió, consciente ya de que la única excusa que le serviría sería alegar que sufría polio.

—No me jodas, que vamos a jugar al golf, no al fútbol —repuso Mahoney—. Te quitas la chaqueta y listo. Y los palos ya te los dejará Frank. Venga, en marcha.

Mierda. Y para colmo llevaba unos mocasines nuevos que le habían costado ciento cincuenta dólares en rebajas.

—Genial —contestó DeMarco.

Dicho esto, se quitó la corbata y la dobló con cuidado para guardarla en el bolsillo interior de la americana. Luego se quitó la chaqueta y la dejó sin arrugarla en el pequeño cesto del carrito de golf. Inmediatamente después, Mahoney metió la nevera en el cesto y chafó por completo la chaqueta.

En el punto de salida del primer hoyo le presentaron al senador Farris, un hombre de dos metros sin un solo gramo de grasa en el cuerpo y con unos brazos que aún parecían lo bastante fuertes para arrebatar la pelota a un contrincante en un rebote. En su época de jugador había sido el tipo duro del equipo, el que sacaban a la cancha para intimidar a la estrella del equipo rival. El sùmmum de su depurada técnica consistía en un buen codazo en las costillas. Tenía el pelo oscuro corto con una pequeña calva en la coronilla, orejas grandes, nariz aguileña y un semblante que se veía demasiado serio para alguien que estaba a punto de jugar una amistosa partida de golf.

Hathaway comunicó a Farris que Banks no aparecería y que DeMarco iría con él.

—Bien —respondió Farris—, así Mahoney vendrá conmigo y podré vigilarlo de cerca.

—¿Quién empieza? —preguntó el portavoz, haciendo caso omiso del comentario del senador.

—Hablo en serio, Mahoney —dijo Farris—. Hoy jugaremos como marcan las reglas. Nada de dar segundas oportunidades, de conceder *putts* y, mucho menos, nada de tiros libres fuera del *rough*.

—Bah, hombre —replicó Mahoney—, lo que pasa es que estás resentido por la paliza que te di la última vez.

—¡Tú no me diste ninguna paliza! —gritó Farris, e inmediatamente después miró a su alrededor para asegurarse de que no le había oído nadie. Luego bajó la voz y añadió —: Ganaste por un puto golpe, y sigo pensando que moviste la bola en el décimo hoyo.

—Gilipolces —repuso Mahoney—. Anda, levanta de ahí ese culo esmirriado y tira de una vez.

Joder, y estos tipos son los que dirigen el maldito país, pensó DeMarco.

El golpe inicial de Farris fue a parar al lateral izquierdo de la calle, a doscientos veinte metros del punto de salida. El de Mahoney llegó un poco más allá y también acabó en el borde izquierdo de la calle. El de Hathaway, que no tenía la corpulencia de los otros dos, alcanzó la respetable distancia de ciento noventa metros, y la bola aterrizó justo en medio de la calle, como si la Titleist fuera un misil teledirigido.

Aquello no pintaba bien.

DeMarco hizo un par de *swings* de prueba con el *driver* que había elegido de la bolsa de Hathaway. No notaba que tuviera bien cogido el palo; quizá fuera demasiado pequeño para su mano o algo así.

—Es que... llevo un par de meses sin jugar —se excusó DeMarco.

—Sí, sí. Venga, dale ya —dijo Mahoney.

Mahoney intentaba acelerar el juego, y DeMarco sospechó que se trataba de una táctica para derrotar a Farris. Mahoney nunca tenía prisa. Jamás. Siempre hacía lo que tuviera que hacer al ritmo que le fuese bien. Dado su cargo, estaba acostumbrado a que las reuniones no comenzaran hasta que él estuviera presente.

DeMarco golpeó la bola con fuerza. La tocó bien; al menos, esa fue la sensación que le dio. Y le sonó bien, pero la pelota se desvió tanto hacia la derecha que acabó en la calle adyacente.

—Hostia, Joe —exclamó Mahoney—. Como juegues así, vamos a tirarnos aquí todo el día.

Mientras Hathaway acompañaba a DeMarco a buscar su bola con el carrito, le explicó:

—Se trata de mi sobrino, el hijo de mi hermana. Es ingeniero y trabaja en un astillero naval. El caso es que cree que unos tipos de allí están cometiendo un fraude.

—¿Qué tipo de fraude?

—No estoy muy seguro —respondió Hathaway—. Tiene algo que ver con un falso estudio; al parecer, los que lo hacen están cobrando de más al gobierno. Dave, mi sobrino, ha intentado hablar con sus jefes sobre lo que está pasando, pero, según mi hermana, no le han hecho ni caso. Por eso me ha llamado a mí, muy cabreada, para pedirme que haga algo. ¿Adónde coño ha ido a parar tu bola, Joe? Tiene que estar por aquí, cerca de estos árboles.

En su segundo golpe, DeMarco tocó la parte de arriba de la bola y esta no avanzó ni veinte metros. Eran los palos enanos de Hathaway; ese era el problema. Con el tercer golpe consiguió llegar a la calle... a la que le correspondía.

—Total —prosiguió Hathaway una vez que volvieron al carrito—, que me gustaría que contrastaras la historia de mi sobrino para saber si sus sospechas son fundadas. John dice que ya has hecho trabajos parecidos antes, y no creo que este te cueste mucho.

—No sería la primera denuncia de irregularidades que investigo, pero...

—¿Sí, Joe?

—Bueno, ¿por qué no le pide a alguien que trabaje para usted que se encargue del tema?

Antes de que Hathaway tuviera tiempo de contestar se armó un gran revuelo en la otra punta de la calle. Farris le estaba gritando a Mahoney mientras señalaba sus pies con un dedo acusador. Seguro que Mahoney mantenía que su bola se hallaba en el camino de cemento para los carritos y que las normas le permitían moverla de sitio. Y lo más probable era que Farris dudara de que la pelota estuviera donde Mahoney decía.

—¡Será posible! —exclamó Hathaway, negando con la cabeza—. Esos dos son tan competitivos que le quitan la gracia al juego. Y yo diría que Mahoney adapta un poco las normas a su conveniencia.

¡No me digas!, pensó DeMarco.

—Me preguntabas por qué no le pido a alguien de mi cadena de mando que investigue el asunto —dijo Hathaway—. El problema es que soy el secretario de Marina, Joe. Si enviara a mis hombres, aunque les pidiera discreción, en dos horas habría veinte agentes del NCIS desplegados por todo el astillero, interrogando a todo aquel que trabaje allí. No quiero que se arme semejante follón por una simple llamada de mi hermana. Y, bueno, para serte sincero, hay algo más. —Hathaway se volvió y miró a lo lejos un instante, como si le incomodara decir la verdad—. Verás, tanto mi hermana como su hijo (debe de ser algo genético) suelen ser un poco... eh... exagerados.

¡Acabáramos! Ahora sí que tenía sentido. Hathaway no confiaba en su sobrino, y si llevaba a cabo una investigación oficial basándose en las sospechas de un familiar y se comprobaba que dicho familiar estaba equivocado, Hathaway se vería en una situación doblemente embarazosa.

—Entiendo —dijo DeMarco.

—Así pues, límitate a investigar el tema sin llamar la atención, ¿estamos? Ve a hablar con mi sobrino, a ver lo que te dice. Interroga a los tipos de los que se queja. Y si resulta que su historia tiene fundamento, contaré con la información de una fuente independiente, esto es, del Congreso, y entonces sí que encargaré una investigación oficial.

—Está bien —contestó DeMarco, viendo que no le quedaba otra alternativa.

En el sexto hoyo, la bola de Mahoney y la de DeMarco acabaron en el *rough*, a unos veinte metros la una de la otra. Farris estaba al otro lado de la calle, buscando su pelota, mientras que la bola de Hathaway, como de costumbre, estaba justo en medio.

Mahoney miró su bola, que se encontraba detrás de un arbolillo, y luego levantó la vista hacia donde estaba Farris.

—Ven aquí un momento —dijo Mahoney a DeMarco.

Este supuso que su jefe quería saber de qué había estado hablando con Hathaway.

Mientras DeMarco se acercaba a Mahoney, oyó gritar a Farris:

—¡Eh, Mahoney! ¿Qué coño haces ahí?

DeMarco se volvió hacia Farris y, cuando se giró de nuevo para mirar a Mahoney, la bola de este ya no estaba detrás del árbol. El portavoz lo había utilizado para tapanle la vista a Farris.

—DeMarco, ¿qué está haciendo Mahoney por ahí detrás? —preguntó Farris desde el *green*—. ¿Ha sacado la bola de donde estaba?

—No, señor —respondió DeMarco.

—No se atreva a mentirme, DeMarco. Soy senador de Estados Unidos y ese gordo cabrón no es más que un congresista. Dígame la verdad, hijo. ¿Ha movido la bola de sitio?

—Venga, vamos, que nos vamos —dijo Mahoney—. Y tú, para variar, aún no estás, Farris.